

Trabajo, conocimiento y precariedad laboral en el capitalismo contemporáneo

POR PABLO MÍGUEZ

Economista y licenciado en Ciencia Política, doctor en Ciencias Sociales (UBA).
Dicta cursos de maestría y doctorado en diversas universidades nacionales.
Investigador en el CONICET-UNSAM/UNGS.

El trabajo es la actividad que a lo largo de la historia ha involucrado a hombres y mujeres en tanto requerimos manipular la materia para producir las mercancías y satisfacer las (crecientes) necesidades vitales. Pero el trabajo también es el polo de una relación, la relación del capital, que supone para él un “antagonismo”. Un antagonismo en el marco de una relación social que lo instrumentaliza, que lo explota y que lo necesita aunque deseara prescindir de él.

El trabajo debe ser organizado y de su organización surgen sus modos de “gestión”. Los modos, las formas de esa gestión no son para nada menores a la hora de entender las transformaciones del proceso productivo y por ende, de eso que aparece como exterior al mismo pero que no lo es: la economía. No hay producción ni economía sin alguna forma de gestión de la fuerza de trabajo. Y los cambios en la gestión de esa fuerza de trabajo suponen desde los años setenta transformaciones laborales, productivas, sociales y políticas que merecen nuestra atención. Porque la precariedad laboral, la crisis de las formas de integración social por la vía del trabajo, no pueden entenderse sin estos cambios.

Históricamente se le ha prestado más atención a los cambios tecnológicos que a los cambios en la organización del trabajo. Cambios que no pueden reducirse al mero expediente de analizar el avance tecnológico como el causante del desempleo de masas.

Ciertamente, uno de los principales interrogantes sociales contemporáneos se refiere a la crisis de la relación salarial y de la sociedad construida en torno al trabajo. Una crisis que en sus orígenes se remonta a los años setenta y que se perpetúa bajo la forma de precariedad laboral e incertidumbre permanente sobre la condición laboral de los trabajadores. Con sus semejanzas y diferencias entre los

países según su diferente grado de industrialización, el trabajo industrial condicionó fuertemente a los diferentes tipos de trabajo, desde el clásico trabajo agrícola y hasta el más reciente trabajo de servicios, que va a ocupar al grueso de la fuerza de trabajo en todos los países.

Analizar las transformaciones del trabajo supone pensar las transformaciones de la organización industrial pero también las promesas de pleno empleo que estaban asociadas al capitalismo de posguerra y al Estado keynesiano benefactor, ambos en crisis desde los años setenta. Los cambios técnicos tampoco pueden explicarse en pocas líneas pero existe cierto acuerdo en que el avance de la automatización mecánica, la microelectrónica y la informática transformaron las formas de organización del trabajo, tanto en los países y sectores centrales del capitalismo como en los periféricos, haciendo más veloz la reestructuración capitalista en un sentido diferente del trabajo intensivo del período fordista y con importantes consecuencias para el mismo (Míguez, 2008).

Los requerimientos masivos de trabajo descalificado propios de la búsqueda de economías de tiempo se han reducido y la organización de la fábrica que permitía pleno empleo e integración social ha cambiado radicalmente en los últimos cuarenta años. Sin haber desaparecido, su centralidad se ha diluido en términos cuantitativos y el grueso de la población ya no se ocupa principalmente en la industria, ni siquiera en los países más industrializados.

Hasta fines del siglo XX los procesos productivos requerían un tipo de uso de la fuerza de trabajo que involucraba determinadas prestaciones manuales, corporales e intelectuales que hacían del proceso de trabajo el centro neurálgico de la valorización del capital. Avancemos sobre las principales transformaciones recientes que obligan a repensar la cuestión. ▶



► PROCESO DE TRABAJO Y CAMBIO TECNOLÓGICO

A pesar de los avances que supusieron para la organización del trabajo en el capitalismo del siglo XX los cambios introducidos por el taylorismo y el fordismo, para muchos investigadores fue la denominada “revolución microelectrónica” -más que el avance de la automatización o los cambios en la organización del trabajo- lo que permitió el auge de las nuevas tecnologías de la información y comunicación y el pasaje a una nueva etapa o fase del capitalismo a finales de los años setenta.

Para algunos sociólogos del trabajo, esta ruptura reconoce también un origen “técnico”: la posibilidad de “digitalizar” la información. La digitalización de la información constituyó la base técnica sobre la cual evolucionó el capitalismo en esta nueva etapa y permitió al capital reestructurar por completo el trabajo informacional y recalificar muchas actividades como las vinculadas al mundo financiero, las comunicaciones, pero también las artes, las actividades culturales, la enseñanza y la investigación (Dantas, 1999: 247-248). Esto no quiere decir que el trabajo industrial no siga teniendo una importancia fundamental. Pero debe ser estudiada a la luz de la complejidad de los “nuevos medios de innovación” (Castells, 1995). Como señala Lev Manovich, si los medios de producción son, ante todo, mediaciones entre el hombre y la naturaleza, entre sujeto y objeto, que alteran nuestra experiencia sensible del mundo, los nuevos medios de comunicación e información (que también son nuevos medios de producción) son mediaciones de nuevo tipo que alteran mucho más nuestra experiencia del mundo, pero no necesariamente empobreciéndola, como sostenían los teóricos de la Escuela de Frankfurt, sino multiplicándola.

Imbricación de ciencia e industria, nuevos medios de producción y desarrollo de nuevos productos implican nuevas lógicas de valorización basadas en el trabajo intelectual-cognitivo, que no reproducen los esquemas del capitalismo industrial. El capital debe ser capaz de movilizar capacidades y conocimientos de una manera inédita siendo la propia cooperación en el trabajo vivo, el conocimiento tácito y la propia subjetividad lo que se busca valorizar. Con la irrupción de la comunicación y el lenguaje potenciado por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TICs) el trabajo intelectual se ha vuelto

dominante en un sentido muy diferente al del período industrial. La generación y apropiación de valor se mueven por nuevos carriles y han transformado al conocimiento mismo en un objeto de acumulación.

Las formas clásicas de organización del trabajo se desdibujan pero no desaparecen en los trabajos rutinarios menos creativos y tienden a disminuir en los trabajos más creativos propios de la industria cultural. La división del trabajo y la estandarización que llevaba a la descalificación, característica del fordismo, no se cumple de la misma manera ya que estos tipos de trabajo complejo no son posibles de ser reducidos a trabajo simple. El hecho de que existan normas de estandarización no los equipara al trabajo industrial ni a las formas tradicionales de extracción de plusvalía relativa.

LOS TRABAJOS DE SERVICIOS EN LA NUEVA ETAPA

En su análisis sociológico de la globalización Saskia Sassen analiza la forma en que a comienzos de los años ochenta se da el auge de los servicios y señala que la complejidad de las organizaciones capitalistas con su mayor tamaño, crecientes funciones y dispersión geográfica incrementaron la necesidad de insumos altamente especializados como asesoría legal internacional, consultoría gerencial, servicios contables, publicidad, que antes se producían frecuentemente en el interior de las propias firmas (Sassen, 1999: 127). Sassen evita así caer en las teorías de la “desindustrialización” tan cercanas a los enfoques de la sociedad posindustrial y señala, en cambio, la existencia de un proceso de “descentralización” de la industria.

Es dable pensar que esta complejidad creciente hace que los proveedores de estos servicios requieran a su vez una organización compleja par dar respuesta a estas demandas más sofisticadas que llevaron al surgimiento de un mercado autónomo de servicios empresarios, que son grandes usuarios de las nuevas tecnologías de la información. Que la producción de estos servicios sea internalizada por la empresa o adquirida en el mercado dependerá de diferentes factores pero la existencia misma de la opción de tercerizar o subcontratar es muestra del surgimiento de este sector de servicios a la producción. La movilidad del capital no refiere solamente a la dimensión espacial sino que se corresponde con un aumento de la capacidad de mantener el control sobre una producción crecientemente descentralizada, que no sería posible sin las nuevas TICs (Sassen, 2007: 115).

OFFSHORING Y OUTSOURCING EN EL SIGLO XXI

La reestructuración capitalista se impone bajo la forma de una fragmentación global de la producción, ligada a la internacionalización de los aspectos productivos, logísticos y organizativos y al desarrollo de redes de subcontratación cada vez más sofisticadas, que va desde el sector industrial hacia todos los sectores. La lógica de la subcontratación supone la forma privilegiada de exter-

EL CAPITAL DEBE SER CAPAZ DE MOVILIZAR CAPACIDADES Y CONOCIMIENTOS DE UNA MANERA INÉDITA SIENDO LA PROPIA COOPERACIÓN EN EL TRABAJO VIVO, EL CONOCIMIENTO TÁCITO Y LA PROPIA SUBJETIVIDAD LO QUE SE BUSCA VALORIZAR.

LAS EMPRESAS INDUSTRIALES QUE "REDUJERON" SU TAMAÑO PERMITIERON EL SURGIMIENTO DE EMPRESAS ESPECIALIZADAS EN LA PRODUCCIÓN DE SERVICIOS, QUE SE CONCENTRAN EN PRODUCIR ESA FUNCIÓN PARA MUCHAS EMPRESAS (ESTUDIOS DE MERCADO, CONSULTORÍA, CONTABILIDAD, AUDITORÍA).

nalizar la producción (en un principio en el ámbito de la empresa industrial pero luego en todos los sectores) pasando de la internacionalización a la globalización de la subcontratación en los años noventa. La fragmentación global reconoce, a su vez, patrones geográficos bastante precisos al producirse desde Estados Unidos y Europa hacia América Latina y Europa del Este en un primer momento y hacia el sudeste asiático y China desde los años noventa hasta hoy (Fumagalli, 2007).

Si bien la producción de cualquier bien implicó siempre la organización de las empresas en diversos eslabones productivos nunca mostraron el actual nivel de atomización las diferentes funciones de la empresa ni requirieron funciones de coordinación tan extendidas geográficamente. Ello responde no sólo a la creciente complejidad del ambiente en el que deben moverse las firmas sino también del cambio en la lógica del nuevo capitalismo basado en la valorización del conocimiento.

Desde el nuevo siglo cobra mucha mayor relevancia el proceso de *offshoring*, de las empresas transnacionales que se constituyen en las líderes de las cadenas globales de producción, de aquellas actividades que aún mantenían en el espacio nacional de sus casas matrices especialmente desde la entrada de China en la Organización Mundial de Comercio (OMC) en 2001.

La subcontratación suele tener una lógica sectorial (automotriz, electrónica, farmacéutica, textil, etcétera), transectorial (atravesando la industria, los servicios pero también la actividad primaria) y adquiere también características funcionales (de la logística, de las actividades de venta minorista). Y supone también estrategias de subcontratación laboral diferenciadas desde el vértice hasta la base de la cadena, configurando subcontrataciones "en cascada" donde la precarización del trabajo es el dato dominante pero no exclusivo (Míguez, 2013).

Generalmente las empresas industriales que "redujeron" su tamaño permitieron el surgimiento de empresas especializadas en la producción de servicios, que se concentraron en producir esa función para muchas empresas (estudios de mercado, consultoría, contabilidad, auditoría). A su vez comandan subcadenas de contratación de segundo y tercer grado para líneas de negocios puntuales a partir del enorme crecimiento de las actividades ligadas a la distribución más que a la producción. El crecimiento del sector terciario, entonces, también se ve atravesado por cadenas de producción que comandan redes de producción de servicios intensivos en mano de obra y de diferentes niveles de calificación que se radican en los países centrales (si son servicios de alta calificación como consultorías especializadas) y que se van trasladando a la periferia en la medida que pueden ser estandarizados y reducido su costo (servicios de call center, etcétera).

Sin embargo, las posibles configuraciones productivas son demasiadas y muy diversas como para sostener una comportamiento general o estrategias universales. Los procesos de fragmentación global de la producción permite combinar estrategias tayloristas del proceso de trabajo con las propias de la valorización del conocimiento ►

- (Lebert y Vercellone, 2006). En la medida en que el contenido del trabajo concreto en los distintos niveles de la cadena sea fácilmente codificable y estandarizable podemos prever la facilidad de subcontratación. La posibilidad de estandarización de los procesos laborales permite que sean realizados por fuerza de trabajo de menor calificación y por ende de menores salarios. Los límites en la extensión de la subcontratación sólo pueden analizarse en estudios de casos concretos y a partir de las cadenas de subcontratación en términos de red organizacional como un todo, por un lado, y de subcontratación laboral, por el otro.

LA AMBIVALENCIA DE LAS TICS SOBRE EL TRABAJO

Como vemos, la organización en red lejos de suponer la des-integración vertical supone la proliferación de múltiples jerarquías con el mantenimiento del comando por parte de la empresa líder pero con mediaciones complejas y crecientes (Hardt y Negri, 2002, 2004). Como tendencia general, a los ojos de los trabajadores el entramado de actos se vuelve más opaco y su trabajo más precario.

La multiplicación de niveles y jerarquías de subcontratación no implica necesariamente una descentralización del comando, que suele ejercerse desde el segmento más relevante de la cadena. Generalmente, el control centralizado de la cadena normalmente se concentra en alguna empresa transnacional (ETN) que alcanzó escala mundial en el período fordista y también de otras que son más recientes, pertenecientes a sectores viejos (o novedosos) pero vinculados a las nuevas tecnologías.

No obstante todo lo mencionado hasta aquí, los efectos de las TICs sobre los procesos de trabajo siguen siendo materia de controversias, siendo numerosas las versiones que destacan el avance del desempleo como un resultado inevitable de los mismos o la posibilidad del reemplazo completo del trabajo humano, lo que constituye una evidente exageración.

DIVISIÓN “COGNITIVA” Y PRECARIZACIÓN DEL TRABAJO

En el capitalismo actual la valorización del saber implica la captura de los saberes producidos por la sociedad toda, no sólo por el sector de producción de ciencia y técnica, aunque sea uno de los objetivos fundamentales de esta apropiación.

El conocimiento como un medio y como un fin en sí mismo no es algo propio ni exclusivo del capitalismo contemporáneo. En el capitalismo industrial el conocimiento parecía estar objetivado en las máquinas, pero aun ese conocimiento codificado era resultado del trabajo de ingenieros que las diseñaban, estudiaban y perfeccionaban continuamente, resultando de ello una codificación que nunca era exhaustiva, ya que siempre existía margen para el denominado “conocimiento tácito”. En el capitalismo actual es justamente este conocimiento tácito el que busca ser capturado de manera más decisiva ya que es el resultado de un trabajo cooperativo y social, que depende de una interacción específica y contextual con los medios

de producción antes que una mera relación individual o singular con las máquinas o herramientas.

Para Tony Negri todos estos cambios ponen en evidencia la necesidad capitalista de capturar la potencia del llamado “trabajo inmaterial”. El trabajo inmaterial es el trabajo que crea bienes inmateriales, como el conocimiento, la información, y es un tipo de trabajo que habría terminado con la hegemonía del trabajo industrial. Más precisamente, aunque minoritario, el trabajo inmaterial es hegemónico en el sentido de que condiciona a los demás tipos de trabajo, así como el trabajo industrial desde mediados del siglo XIX condicionó a la agricultura y a toda la actividad económica (Hardt y Negri, 2004: 136).

En esta nueva etapa, la preeminencia del trabajo intelectual en la producción de bienes complejos ha obligado a reconsiderar la parcelación del trabajo y a la búsqueda de integración de las tareas y la comprensión del proceso de producción, todo lo cual da origen a una división del trabajo de nuevo tipo, caracterizada por Carlo Vercellone como una “división cognitiva del trabajo”. Vercellone sugiere la emergencia de una división *cognitiva* del trabajo que difiere sustantivamente de la propia del capitalismo industrial, en cuya base se encuentra justamente el pasaje del capitalismo industrial hacia un nuevo tipo de capitalismo cognitivo, caracterizado por la valorización del conocimiento más que de la fuerza de trabajo propiamente dicha (Vercellone, 2011). Pero el conocimiento no es un recurso ni meramente un factor de producción adicional al trabajo y al capital sino el resultado de las capacidades intelectuales y de comunicación del hombre en tanto tal, y como producto de la interacción social que surge de ser resultado del saber social general o *General Intellect*.

A SU VEZ COMANDAN SUBCADENAS DE CONTRATACIÓN DE SEGUNDO Y TERCER GRADO PARA LÍNEAS DE NEGOCIOS PUNTUALES A PARTIR DEL ENORME CRECIMIENTO DE LAS ACTIVIDADES LIGADAS A LA DISTRIBUCIÓN MÁS QUE A LA PRODUCCIÓN.

El capital debe obtener una implicación activa de los trabajadores para capturar los conocimientos y los tiempos de vida así como lograr de éstos la interiorización de los objetivos de la empresa mediante la “prescripción de la subjetividad” (Clot, 2002) adecuada para cumplir con las obligaciones de resultados y moverse entre diversos proyectos, lo que -contrariamente a la retórica habitual sobre el trabajo creativo- redundaría en procesos de descalificación y precarización del trabajo sumamente sofisticados (Vercellone, 2008). Por todo ello es perfectamente posible una “taylorización” del trabajo cognitivo que comporte mecanismos de control sofisticados a los que sea imposible sustraerse (Míguez, 2011, 2012). El trabajo cognitivo preexiste a la actividad de las firmas y suele concentrarse territorialmente en las metrópolis, haciendo depender la competitividad de los territorios, del “stock” de capital intelectual activable de manera cooperativa. Por otro lado, en términos de la división internacional del trabajo, la reserva de mano de obra calificada en numerosos países en desarrollo hace factible combinar la deslocalización productiva basada en bajos salarios con la división cognitiva del trabajo (Lebert y Vercellone, 2006: 34).

EL DEVENIR DEL TRABAJO DEL SIGLO XXI

Cabe preguntarse, entonces, a cuarenta años de estas transformaciones del capitalismo industrial, las razones por las cuales el imaginario colectivo sigue pensando la integración social sobre la base de un tipo de trabajo que tiende a trasladarse hacia países de industrialización reciente, bajo redes de subcontratación sumamente extendida, con condiciones laborales degradadas. Por lo tanto, abordar las transformaciones del trabajo en cualquier espacio económico implica analizar el lugar que ocupan estos sectores, el hecho de que su condición ha empeorado para todas las ocupaciones y que buena parte de esos cambios remiten a cambios técnicos que suponen nuevas competencias y la movilización de saberes para, por un lado, una minoría de trabajadores que ven transformadas las formas en las que realizan sus tareas, que no necesariamente son mejores sino más complejas y no siempre acompañadas de mayores remuneraciones, y por el otro, la inserción en trabajos descalificados, con escasa estabilidad, sometidos a los vaivenes del ciclo económico para el grueso de la fuerza laboral.

En los países centrales esta preocupación se planteó bajo la forma del estudio de los posfordismos y las políticas educativas, sociales y de ciencia y técnica que intentaron pensar, tampoco demasiado exitosamente, la situación. En la periferia, donde no se desarrollaron plenamente estos procesos, la situación es heterogénea. Los Estados buscan estimular la radicación de inversión directa con lo cual se ha verificado en diversos países el avance de cierta industrialización sobre segmentos menos intensivos en conocimiento y que permiten cierto crecimiento del trabajo industrial pero, de suceder, lo hace en condiciones mucho más degradadas que las del fordismo de antaño. De darse un proceso de industrialización, éste ya no viene asociado al pleno empleo ni a la integración

social sino justamente se produce sobre la base de un trabajo precario, que no supone desarrollo de capacidades locales sino el ensamblaje de componentes diseñados en el centro. Evidentemente la dificultad de encontrar en el trabajo industrial la respuesta para la compleja cuestión social es algo que debe reconsiderarse así como ocuparse de pensar la gestión de la fuerza de trabajo y la inteligencia colectiva al servicio de la producción de los bienes “comunes” indispensables para la vida, esto es, tanto los ligados a la naturaleza como al conocimiento. Son éstos los desafíos que tenemos por delante. •

Referencias bibliográficas

- Castells, M. (1995). *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, estructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid, Alianza Editorial.
- Clot, Y. (2002). *La fonction psychologique du travail*. París, PUF.
- Dantas, M. (1999). “Capitalismo na Era das Redes: trabalho, informação e valor no ciclo da comunicação produtiva”, en H. Lastres y S. Albagli (ed.), *Informação e Globalização na era do Conhecimento*. Brasil, Editora Campus.
- Fumagalli A. (2007). *Bioeconomía e capitalismo cognitivo*. Roma, Carocci.
- Hardt, M. y A. Negri (2002). *Imperio*. Buenos Aires, Paidós.
- Hardt, M. y A. Negri (2004). *Multitud*. Buenos Aires, Debate.
- Lebert, D. y C. Vercellone (2006). “Il ruolo della conoscenza nella dinamica di lungo periodo del capitalismo”, en C. Vercellone (dir.), *Capitalismo cognitivo. Conoscenza e finanza nell'epoca postfordista*. Roma, Manifestolibri, p. 19-37.
- Manovich, L. (2006). *El lenguaje de los nuevos medios de comunicación*. Buenos Aires, Paidós.
- Míguez, P. (2008). “Las transformaciones recientes de los procesos de trabajo: desde la automatización hasta la revolución informática”, en *Trabajo y Sociedad*, Nº 11, vol. X. Santiago del Estero. Disponible en: <http://www.unse.edu.ar/trabajosysociedad>.
- Míguez, P. (2011a). “El trabajo inmaterial en la organización del trabajo. Un estudio sobre el caso de los trabajadores informáticos en Argentina”. Tesis de doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Míguez, P. (2011b). “Introducción” en C. Vercellone (2011), *Capitalismo cognitivo. Renta, saber y valor en la época posfordista*. Buenos Aires, Prometeo.
- Míguez, P. (2012). “Appropriation de savoirs et prescription de la subjectivité dans le travail cognitif. Le cas du secteur informatique”, en *European Journal of Economic and Social Systems*, Vol. 24, Nº 1-2, Travail, valeur et repartition dans le capitalisme cognitif. París, Hermes-Lavoisier.
- Míguez, P. (2013). “Subcontratación en sectores conocimiento-intensivos: el caso del trabajo informático y bioinformático”, en *Papeles de Trabajo*. IDAES-UNSAM, año 7, Nº 12, Buenos Aires, p. 59-83.
- Sassen, S. (1999). *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio*. Buenos Aires, Eudeba.
- Sassen, S. (2007). *Sociología de la globalización*. Buenos Aires, Katz.
- Vercellone, C. (2008). “La *thèse* du capitalisme cognitif: une mise en perspective historique et théorique”, en G. Colletis y B. Paulré (coord.), *Les nouveaux horizons du capitalisme. Pouvoirs, valeurs temps*. París, Economica, p. 71-95.
- Vercellone, C. (2011). *Capitalismo cognitivo. Renta, saber y valor en la época posfordista*. Buenos Aires, Prometeo.